

El río de las primeras veces

NANDO LÓPEZ



CROSS
BOOKS

El río de las primeras veces

NANDO LÓPEZ



CROSSBOOKS, 2022
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Nando López, 2022
© de la ilustración de cubierta: Marc Pallarès, 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: mayo de 2022
ISBN: 978-84-08-25386-0
Depósito legal: B. 6.327-2022
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

I

La llegada

«Todo sería distinto, porque las dos eran distintas.
Sería un mundo tan desconocido como lo había sido
al principio aquel mundo que acababa de vivir.»

Carol

PATRICIA HIGHSMITH

1

Las Tres Mosqueteras

—¿Te quedarás aquí o vas a instalarte con tu padre?

Joana, que esperaba que las preguntas del primer día fueran un poco más sencillas, se encoge de hombros.

No es que no quiera darle una respuesta a su madre, es que sencillamente no la tiene. Preferiría contestar que con ninguno de los dos, pero sus planes son más deseos que intenciones concretas: no porque le falten las ganas, sino por la ausencia de medios económicos para llevarlos a cabo.

Su idea, de momento, es dividirse entre las dos casas, buscar algún trabajo en que la exploten a cambio de una miseria —lo que, por supuesto, incluye formas de esclavismo contemporáneo como prácticas y becas— y gastarse lo poco que gane en algo pequeño y cutre, pero donde se sienta tan libre como en el apartamento que ha dejado en Berlín.

—Como me comentaste que querías buscar un piso compartido... —añade Ruth—. No creas que intento meterte prisa.

—Pues se te está dando regular —se defiende Joana, que vive como un ataque lo que su madre disfraza de curiosidad. ¿Nadie le ha dicho a esta señora lo difícil que es independizarse? ¿De verdad se cree que prefiere seguir reduciendo su

universo a una habitación donde no cabe nada de lo que desearía decir de sí misma?

—Mira que te gusta sacarlo todo de quicio.

—Volví ayer —contesta, tratando de no subrayar en exceso el sarcasmo—. Lo mismo necesito algo de tiempo, mamá. No sé, un par de días, una semana, un mes. Porque deshacer la maleta sí que puedo, ¿no?

—Qué cosas tienes, hija.

Joana se disculparía si no fuera porque está segura de que lleva razón. Desde que cruzó el umbral de los dieciocho, esa frontera invisible que parece decidirlo todo, tener dos casas se convirtió en sinónimo de no tener ninguna.

Las normas que habían regulado lo que Marc y ella misma habían bautizado como sus vidas duplicadas dejaron de regir en cuanto pudieron elegir con cuál de sus padres querían seguir viviendo. Adiós a los libros de texto idénticos en las dos casas, a los armarios con ropa clonada, a los cuartos que trataban de decorar como si fueran las dos caras de un mismo espejo.

Pero la ausencia de obligación que trajeron consigo los dieciocho también desnudó la inconveniencia. Y ambos sentían que sus respectivos padres los miraban como si fueran parte de una vida anterior a la que, de alguna manera, tenían derecho a renunciar.

De las vidas duplicadas pasaron a la urgencia de la emancipación, explicaba Marc en uno de los larguísimos vídeos en su canal, donde, con la excusa de comentar los libros que lee, habla en interminables circunloquios sobre sí mismo. Y a Joana, aunque no publique sus impresiones en redes, le sucede lo mismo.

No encaja del todo en la foto fija con su padre, que rehízo su vida junto a Rocío y tres niños insoportables a quienes intentan hacer pasar por sus hermanos. Ni con su madre,

que al año del divorcio empezó a vivir con Iván, un tipo de abdominales perfectos, sonrisa perfecta, modales perfectos, peinado perfecto y espaldas anchas y, por supuesto, también perfectas, que a Joana le resulta entre inquietante y apócrifo. No se fía de la gente que pone demasiado empeño en parecer lo que es, e Iván, especialmente cuando luce su uniforme de policía, pertenece a ese grupo. Al de los que necesitan mostrar para ser, por algo que no sabe si es consecuencia de una posible crisis de los cincuenta o un rasgo intrínseco de su personalidad.

—Estoy deseando que me lo cuentes todo —miente su madre, que no está muy segura de querer profundizar en las experiencias personales de su hija—. Por cierto, ya me he enterado de que te han preparado una fiesta.

—Genial. —Joana deja a un lado la taza con un café que, ahora mismo, le apetece tan poco como continuar la conversación—. Ya se me había olvidado lo que era estar permanentemente en las noticias.

El recordatorio de hasta qué punto resulta imposible la privacidad en ese pueblo construido a base de susurros se suma a los motivos por los que quizá volver de Berlín no ha sido una gran idea.

—Es en casa de Noa, ¿verdad? Con lo que le gusta a su familia darse aires...

—Noa no se da aires, mamá.

Joana defiende a su amiga desde la lealtad construida a lo largo del tiempo, a pesar de que antes de su viaje ya notase las primeras grietas en un vínculo que le exige obviar el contexto. Pero, más allá de sus contradicciones, cree que sería tan injusto culpar a Noa o a Gerard, su hermano mayor, de los errores de sus padres como responsabilizarse a sí misma de las malas decisiones de los suyos.

—Está claro que no hemos empezado con buen pie —pro-

sigue Ruth, en quien su hija intuye algo de envidia hacia las familias que controlan la cooperativa agrícola—. A ver si la fiesta te relaja un poco, que has venido muy intensa de Berlín.

Suele ser siempre así: su madre dice algo inconveniente, Joana intenta hacérselo entender y Ruth se victimiza, convencida de que ha sido malinterpretada.

Ni siquiera en las videollamadas con que la informaba de su estancia en Alemania han perdido esa rutina, por lo que se ahorra replicar nada más para no empeorar la convivencia durante su primer día y se pone en pie, dispuesta a encerrarse en su habitación con la excusa del equipaje.

—Sobre lo de antes —insiste su madre—, lo único que quería decirte es que a mí me parece estupendo que sigas aquí hasta los treinta o que te busques algo para ti sola.

—Mensaje captado —se ríe Joana—: hasta los treinta. Ni un día más.

Le hace gracia ese límite temporal que su madre dibuja con la misma precisión con la que hoy se siente exiliada de dos territorios que no le pertenecen. Dos casas donde no se encontraba antes de irse a Berlín y que a su regreso le son aún más ajenas. Nadie la espera en ellas, aunque todo fluya con la cordialidad impostada de siempre, en ese equilibrio familiar en el que la vida, más que reivindicarse, se susurra.

El de sus padres no fue un divorcio traumático, como en casa de Marc. No hubo infidelidades ni traiciones, como entre los padres de Marc. Ni tampoco pelearon por su custodia, como sí lucharon los padres de Marc.

Todo ocurrió de una manera mucho más sutil, casi imperceptible, porque en su familia la realidad siempre pasa de puntillas y no está permitido alzar la voz —ni las emociones— más de lo necesario.

Eso es lo que Joana aprendió durante una infancia en la

que solo había tiempo para, así lo llamaba Ruth, «lo importante». Y lo importante era una hipoteca que los ahogaba y un negocio en crisis permanente. Así que, cuando sus padres le dijeron que iban a divorciarse, ella no acabó de creérselo. Tenía trece años, sus dos primeros buenos amigos en el instituto y hasta sus primeras deportivas de marca. La librería por fin les iba tan bien que incluso habían contratado a una tercera persona para que les ayudase.

Por eso, entendió poco después, Ruth y Andreu decidieron que era el momento. Ahora que estaba cubierto «lo importante», podían tomar una decisión como la de separarse y asumir que hacía mucho que habían dejado de quererse.

El espejismo de la bonanza económica duró muy poco.

Su padre no tardó en despedir a la persona que había contratado en la librería y su madre se vio obligada a aceptar un contrato de mierda en el único hotel rural de la zona.

Como todo lo tangible resultó ser efímero, el mismo día que su padre salió de casa, antes de que conociera a Rocío y tuviese con ella a sus tres monstruos, incluso antes de que Iván apareciese en casa de su madre con sus pesas, su insignia policial y su sonrisa de dentífrico, aquel día en que ella aún tenía trece años y muchos más sueños que derrotas, Joana se prometió que lo más importante en su vida siempre serían las emociones que, para bien o para mal, la atravesaran.

—¿Todo bien por Berlín? —la saluda don Sonrisa Perfecta con su habitual efusividad de anuncio televisivo.

Joana asiente y se desliza por el pasillo hasta su habitación. Cierra la puerta de su último reducto de independencia y redacta dos mensajes breves.

El primero, «Te echo de menos. *Sehr*», lo escribe para Elke. En esa lengua que han aprendido a hablar juntas y que no pertenece por entero a ninguna de las dos. Un idioma que no es ni

el alemán de una ni el español de otra y donde, entre palabras inventadas y calcos fonéticos que rozan lo extravagante, se cuele más de una frase en inglés.

El segundo, «Quizá deberíamos hablar», lo escribe para Carla. Solo tres palabras que borra antes de enviar. No sabe si sentir arrepentimiento por no atreverse o alivio por no haberse atrevido. Le guste o no, antes o después tendrá que volver a escribirlas... Por eso ha vuelto, ¿no? Para que lo importante, signifique lo que signifique, no quede aplazado por lo urgente.